

JIMENEZ DE QUESADA, HOMBRE DE ARMAS Y DE LETRAS

Por RAFAEL GOMEZ HOYOS, Pbro.

(Especial para esta Revista)

Cuando los antiguos normandos, después de la borrasca huracanada veían en las nubes dibujarse el arco iris y extender sus colores por sobre el manto verde de las selvas sagradas, entonaban la poética plegaria:

“Más allá de esta tierra habitada por hombres, otro reino florece: el reino de los héroes, el excelso Valhalla; y entre él y la tierra, la mano del Gran Espíritu ha lanzado un arco inmenso...”.

La tradición nórdica es una prueba más del alma naturalmente cristiana de la humanidad. Porque en estas estrofas aparece, conforme a la expresión de Dante

“... la doctrina que s'asconde
sotto il velame delli versi strani”. (Infierno, IX, 21).

es decir, la enseñanza que proclama la supervivencia de las almas.

El recuerdo piadoso y la oración ferviente son el arco de luz que el mundo de los vivos lanza hacia el país misterioso de los muertos. Y al evocar las palabras y ejemplos, las heroicas hazañas y elevados pensamientos de los que acá lucharon, las generaciones que se van sucediendo elevan el ánimo hacia las empresas generosas y aprecian más la herencia que reciben y que a su vez transmiten enriquecida con valores nuevos.

Y así como los hombres suelen volver la vista a su niñez lejana para comparar las flaquezas e ignorancia de ayer con las fuerzas y luces de hoy y valorar gratamente el sacrificio de sus genitores y maestros, así las naciones y los pueblos se han de remontar al pasado para arrancarle el secreto de su destino, para indagar su origen y escrutar la semblanza moral de sus padres y fundadores.

La Academia de Historia, guardadora fiel de los valores históricos y que mantiene encendido el sacro fuego en el altar de la Patria, en cada 6 de agosto ha querido montar guardia al pie de la tumba de don Gonzalo Jiménez de Quesada y evocar la memoria de aquel día de 1538 en que el invicto capitán acompañado de sus huestes heroicas, tomaba posesión de estas tierras, triunfantes la Cruz Redentora y los estandartes de Castilla.

En este mismo sitio se elevó la Hostia Santa en manos de un misionero de blanco sayal, mensajero de verdad, de paz y de consuelo, ante los fieros soldados que presentaban sus armas y doblegaban sus escuálidos rostros, y frente a los neófitos, primicias de la Fe cristiana en abundosa cosecha promisoras. Aquí mismo se levantó entre piedras la Cruz de madera y se erigió el primer santuario, de veneración para los mayores, de hermosas tradiciones y de cariños profundos para los católicos colombianos.

En este día de la Trasfiguración del Señor, los primeros veinte indios recibieron las aguas lustrales del bautismo, y se santificó la primera unión legítima de dos razas —la vencedora y la vencida— que habían de fusionarse en el crisol maravilloso del matrimonio cristiano.

En este día resonó por vez primera en lo más alto de la meseta andina, el eco dulcísimo del Sermón de la Montaña y se proclamó en la sonora lengua de Castilla —compañera del imperio, en la que soñara fray Hernando de Talavera para ser enseñada a gentes de remotas y peregrinas lenguas al descubrirse nuevas tierras— se proclamó, digo, ante los recios conquistadores, la ley de caridad, la doctrina de la fraternidad universal y el fin espiritual de la conquista:

“Logrados están ya nuestros trabajos —fueron las palabras del venerable Las Casas— pues vemos a Cristo Jesús transfigurado en medio de sus fieles, y transfigurado en estas almas, esclavas antes del demonio y hoy vestidas ya con la cándida estola de la gracia. Pero, si hemos de fundar en esta tierra un gobierno cristiano, preciso es que el triunfo de las armas y la victoria de la Cruz se cimenten y perpetúen por medio de la clemencia y la humanidad. Ni debe reinar solamente entre nosotros los españoles la concordia y fraternidad; mirad, valerosos capitanes, todos estos infelices en medio de los cuales estáis: todos ellos son nuestros hermanos, hijos de un mismo padre y redimidos con la misma sangre de Cristo; y si les falta la luz de la verdadera fe, alma racional e inmortal tienen como nosotros y de ellas somos responsables ante Dios y ante nuestro soberano... Si queremos ganar esas almas, ganemos los corazones de estos pobrecitos, primero, que harto sufren con verse sujetos y avasallados por un pueblo extranjero. La historia de España y de América registrará algún día con orgullo vuestros nombres; pero también os pedirán cuenta de vuestros proceder, si ellos no son arreglados a la razón y a la justicia... Bendiga Dios esta nueva ciudad, bautizada hoy también con el nombre de su Santa Fe, y a todos sus habitantes, naturales o europeos”.

En este día nació a la vida de la cultura y del espíritu, la ciudad de Santa Fe —doce casuchas y una humildísima capilla— presagio de lo que había de ser con el tiempo, la urbe magnífica, bendecida por Dios, conforme a los votos del noble misionero, y justamente cantada por el poeta:

“Ciudad que hace tres siglos que triunfa de la muerte,
tiene las tres virtudes: es sabia, bella y fuerte”.

Virtudes que no son sino el reflejo de las dotes del fundador egregio, que le imprimió el sello de su espíritu.

Muy pocos son los conquistadores de América que puedan parearse con el Adelantado del Nuevo Reino en el armonioso conjunto de las dotes morales e intelectuales.

Jurista, adaptada su mentalidad a la recia arquitectura de los códigos romanos y de las Siete Partidas, habíase formado en el respeto al derecho ajeno, en el culto a la justicia y en el acatamiento a la ley. Letrado, sabía gustar de los secretos del idioma que en su época llegaba al máximo esplendor dorado “en este tiempo que todas las letras y artes están casi en la cumbre”, como él mismo diría. No fue ajeno a los escarceos poéticos, manteniéndose fiel a los viejos metros castellanos. Historiador de sus propias hazañas, en estilo sobrio y austero, inició la brillante teoría de nuestros varones ilustres que han hecho la historia y han sabido escribirla. “Escribía con templanza lo que primero obraba con valentía”, dice con propiedad Piedrahita.

Grata fortuna para el Nuevo Reino que su primer Descubridor fuera un hombre que, con la espada de la conquista, la Cruz de Cristo y la justicia de los códigos, trajera a estas breñas las inquietudes literarias y el afán por la cultura del renacimiento español. A esas condiciones se debió en gran parte que la pacificación de nuestro país hubiera sido la menos sangrienta, menos dura y cruel de cuantas relata la historia americana.

La experiencia mostró que el hombre de leyes y de letras no fue inferior en el manejo de las armas, en la pericia militar y en las tácticas de guerra a los Pizarros y Corteses, a los Valdivias y Almagros, superándolos en cambio en la habilidad política y en el arte difícil de la diplomacia. “De agudo ingenio, no menos apto para las armas que para las letras”, anotó acertadamente el autor de las Décadas.

Porque poseyó en grado heroico la fortaleza del alma y de cuerpo. Al empeño de su brazo y a la constancia de su ánimo valeroso se debió el que llegara a la altiplanicie con un puñado de valientes, después de dejar el largo y medroso camino sembrado de huesos y regado con sangre, deshechos los cuerpos, pero el valor no menguado.

Su fe de cristiano nunca tuvo ocaso, y ella le inspiró sus sentimientos de piedad para el indígena y de amistad cordial para con los compañeros y subordinados. Nunca olvidó, —conforme a sus propias palabras— la expresiva mirada de gratitud de aquella madre india que habiéndose presentado al campamento a constituirse prisionera al lado de su hijo recién cautivado, obtuvo su libertad y la de otros prisioneros. Justo tributo de admiración al sacrificio de aquella buena madre que conmovió el corazón de Quesada.

Cuando tras de penalidades y sufrimientos divisaron los españoles desde lo alto de la serranía del Opón las pintorescas poblaciones y planicies de los indígenas, Quesada se arrojó de rodillas a la tierra y entonó su plegaria de acción de gracias al Omnipotente. Los capitanes y soldados imitaron conmovidos el bello ejemplo de su Jefe, maestro de valor y de piedad.

Ni podía olvidar la suerte espiritual de los caídos durante la campaña que lo llevó al Valle de los Alcázares, y de acuerdo con sus compañe-

ros recolectó las sumas necesarias para fundar la Capellanía de los Conquistadores, en sufragio de sus almas. Y para esta misa, él mismo compuso seis sermones en honor de Nuestra Señora del Rosario, testimonio precioso de su devoción a la Reina de los cielos.

El sentido misionero que lo guiaba en sus gloriosas aventuras, al lado de otros móviles legítimos de ambición humana, brilla con toda intensidad en el momento culminante de su carrera militar. Al salir del pueblo de Tora con los restos de un ejército deshecho, querían regresar los soldados a Santa Marta, ante la locura de atravesar las sierras del Opón, y penetrar en un país desconocido con un puñado de enfermos. El animoso capitán dirigió a sus tropas una arenga que puede ser modelo de varonil energía, de hispánico orgullo y de conciencia apostólica de la conquista:

“Que no se hablase en tan gran poquedad; que no era tal flaqueza permitida a españoles y que los que habían de morir ya eran muertos, y que los que quedaban eran para quien Dios tenía aparejada muy buena ventura, y aquella nueva tierra que les mostraba, donde le pudiesen servir y descansar después de tantos trabajos y volver ricos y honrados a España. Y que cuando tanta falta sus pecados le dejasen ver en ellos, que aunque no le quedasen sino mucho menos, no entendía volver atrás hasta hacer algún servicio a Dios y a su Rey y descubrir aquella tierra que Nuestro Señor les había mostrado para que Cristo y su fe sagrada fuese servido y aumentada... y sus reinos de España enriquecidos por la industria y valor de tan animosos vasallos e fieles españoles como serían los que le quisiesen seguir”.

Bien comprendía el hidalgo granadino el significado español de la espada forjada en cruz: “... et esta espada —había enseñado el infante Juan Manuel— significa tres cosas: la primera, fortaleza porque es de fierro; la segunda justicia, porque corta de ambas las partes; la tercera, la Cruz.

La fortaleza es menester para que este sueño se cumpla para conquistar et vencer aquellos que non creen la verdadera fe de Jesucristo. La justicia es menester para esto; ca sin ser home justo et derechudo non podrá haber la gracia de Dios para acabar tan grande fecho. La cruz otrosí es más menester que ninguna otra cosa; ca quien tal fecho quier acabar, conviene que siempre tenga en su corazón la remembranza de Nuestro Señor Jesucristo”.

Fuerte, justo y cristiano fue don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Y dechado de patriotas. Después de darle a su Rey tierra y vasallos, envainado su acero toledano, quiere esgrimir su pluma de letrado en defensa de las glorias de España: “... La justa indignación que tengo de ver cargada la nación española tan injustamente, fue causa de darme más priesa a que este libro saliese a luz, aunque no tan limado y pulido como se requiere...”, dice al escribir sus Apuntamientos sobre la Historia de Paulo Jovio. El mismo amor a la patria lejana le mueve en estas tierras de gente ruda y bárbara a escribir los “Anales de Carlos V” y las “Diferencias de la guerra de los dos mundos”, de índole polémica y de crítica histórica.

Su noble lealtad al Soberano —y un Soberano que no le había hecho cumplida justicia— su respeto a la ley y la estima de la obediencia, le evitaron al incipiente Reino la abundante sangre que vasallos rebeldes y ambiciosos hicieron correr en otras partes de las Indias. Frente a conatos levantiscos de las conquistadores los cuales anhelaban reprimir por sí mismos los desmanes de las autoridades, el viejo Licenciado los reduce a silencio y mantiene la paz con razones de alta prudencia y elevado sentido de gobierno:

“Verdad es que el Reino se halla en todo el aprieto que se representa, pero también lo es en obediencia al Rey, primero debemos poner al cuchillo las cabezas que a la resistencia la mano... Aún no se retarda el remedio pues todavía vivimos esperando que llegue y cuando hasta la esperanza nos falte, qué vida más gloriosa que la sacrificada en aras de la obediencia? Qué muerte tan infame como la redimida al precio de deslealtades!... Los Príncipes gustan que sus comisiones sean como los ríos, que, saliendo del mar de su grandeza, corran sin embarazo hasta volver al centro de donde salieron, porque no hay razón para que las sin razones de un Juez Comisario den lastos contra la ley natural, con desacatos a su legítimo Rey...”.

Y no eran vanas palabras, que ya anciano puso su brazo fatigado y su espada mohosa al servicio del Rey y del orden para reprimir la tiranía de Lope de Aguirre y la sublevación de belicosas tribus.

Ni podrían faltar sombras en el cuadro luminoso de su vida, que es propio del linaje humano el caer y errar. Pero tuvo el valor de reconocer sus yerros, de lamentar sus faltas y de reprobar con estilo candente los excesos e injusticias a que se dejaron arrastrar los conquistadores por crueldad o avaricia. Y sobre todo el dolor y el desengaño —inseparables compañeros de los héroes— vinieron a purificarlo de las escorias inherentes a toda humana grandeza.

Descubridor, Conquistador y Colonizador del tercer imperio de América, vióse postergado en su gobierno para el cual ostentaba excepcionales cualidades. Consejero del mismo Consejo de Indias, mentor de Audiencias y Presidentes, amigo respetado y querido de sus antiguos compañeros de armas, el Adelantado, como un viejo patriarca de la Colonia, la rigió prácticamente con la autoridad de sus virtudes, el prestigio de su nombre y el ascendiente de su sabiduría.

Eterno aspirante a títulos nobiliarios, hubo de contentarse con la merced de “don”, y los honores de Mariscal y Adelantado del Nuevo Reino, que no colmaban sus esperanzas. Arruinado y pobre, después de derrochar sus bienes con principesca prodigalidad, reclama tesonosamente de la Corte, en insistentes pero dignos memoriales, la retribución a sus servicios, y como galardón recibe una mísera suma y algunas pobres encomiendas de indios. Iluso soñador de una quimera, en su última aventura romántica, emprende la conquista de “El Dorado” en la que arriesga su salud, sus fuerzas y dinero, y sólo alcanza a descubrir nuevos pesares y quebrantos. Escritor fecundo, no logra publicar ninguna de sus obras y para la cultura americana se pierden definitivamente tan preciosos manuscritos. Los cronistas de la época se adornan con las plumas del galano es-

critor, y mientras se esmeran en loar las proezas de los demás héroes de la epopeya, para hablar de Quesada se hacen eco de los chismes y calumnias circulantes en la Corte por obra de envidiosos rivales.

Cómo pensaría el anciano glorioso —“roto casi el navío”— en las frescas tardes de Suesca y en las cálidas noches de Tocaima y Mariquita, en la vanidad de la gloria humana. Desengañado de las riquezas, del poder y los honores, transido de desiluciones, fatigado de conquistas materiales, solo anhelaba conquistar la muerte y el eterno reposo.

“Unos son muertos, y éstos son los más”. Así empezaba en 1576 su “Relación sobre Conquistadores y Encomendados”. Frase que parece resumir añoranza de ausencia y fatiga de vivir. Tres años más tarde, bajo la gloriosa pesadumbre de los años y los méritos, el octogenario entregaba su alma al Creador, lanzando, al igual que el profeta doliente de Idumea, un grito postrero de esperanza en la resurrección final.

Como en las leyendas del Conde Don Fernando de Castilla, bien pudo repetir el magnánimo Vencedor de los Chibchas:

*“Somos mucho pecadores y contra Ti mucho errados,
Pero cristianos somos, e la tu ley aguardamos,
El tu nombre tenemos y por tuyos nos llamamos,
Tu merced atendemos, otra nos non esperamos”.*

La nación colombiana le ha sido grata y Santa Fe ha guardado lealtad a la herencia de cultura y de civismo que como hermoso patrimonio le legara. La Iglesia ha recogido con cariño sus despojos mortales pres-tándoles cobijo a la sombra de esta Basílica Primada, y ha ofrecido el Divino Sacrificio por la bienaventuranza de su alma.

La historia le ha hecho justicia al bendecir su memoria y exaltar su nombre entre los más puros, más gallardos y más cultos de cuantos acá llegaron a ganar estas tierras para Dios y para la civilización.

La grandeza del varón bueno se agiganta con el paso del tiempo; “porque esto tiene la virtud cumplida, que después de la muerte tiene vida”, según la bella idea del letrado y guerrero que supo vivir y aprendió a morir como buen caballero y buen cristiano.

RAFAEL GOMEZ HOYOS